

Obra literaria, regularmente en verso, hecha con el objeto de reprender, censurar, criticar y ridiculizar los vicios, las pasiones desregladas, las necesidades y las impertinencias de los hombres.

(Diccionario Nacional de Domínguez).

ENCOMIENDA.



DIARIO SATÍRICO, DE LITERATURA Y COSTUMBRES.

El conocimiento ó el estudio de las letras humanas en un sentido general.

COSTUMBRES.

Conjunto de buenas ó malas cualidades que forman el caracter distintivo de una persona ó de un pueblo.

(Diccionario Nacional de Domínguez).

Núm. 3.

VIERNES 22.

JUNIO —1849.

MEDITA EL POSADERO.

Pues señor, una vez lanzado á la arena periodística, decia yo anoche despues que se hubo cerrado la puerta de la posada, preciso será constituirse y escribir. Dichosos los que pueden hallar el dulce sosiego, metiditos en su cama, mientras que yo pobre de mi tengo que chamuscarme las pestañas á la luz de una bujía, para entretener mañana al público....! á ese público que como decia Larra, es el pretesto y el tapador de los fines particulares de cada uno, y que segun el talante de que le coje, así recibe, juzga y sentencia cuanto se le pone delante de sus ojos.

¡ Oh pesadilla terrible! carísimos lectores: y no se qué decir ni hacer, en el atolladero en que estoy; á cada paso temo cometer una torpeza, temo que se rían de mi, y sin jaetancia no lo ha hecho nadie en mis barbas todavía: y, aunque en mi humilde clase, he procurado siempre conservar sin mancha el pundonor con que me engendraron, y respetado como estoy en mi casa, me moriría de pena al reconocer que habia cometido una imprudencia, porque imprudencia llamaria yo al escribir de asuntos que ignoro; como por ejemplo: el comer conguantes, á mi me parece ridículo. y sin embargo, tendre que callar porque no estoy en los pormenores de la buena educacion: el bailar un mi-

litar con el sombrero en la mano y el espadin colgado, yo lo creo incómodo, embarazoso, de mala vista y arriesgado; pero callaré tambien, porque no se lo que previenen las reglas del baile en esta parte. Así es, que me será doblemente difícil el tejido de mi periódico, por tener que concretarme á cosas especiales. Yo no puedo hablar de política, porque los periódicos de política son inútiles donde cada hombre es un periódico verbal: de religion, menos; porque no he cantado misa: de bellas artes, tampoco; porque hoy no las conocería nadie; or este nombre: de industria sería escusado, porque cada cual es hoy una biblioteca industrial personificada; y en fin, de otras muchas é infinitas materias que vendrian aquí de molde, y no caben por estemporáneas: redúzcome, pues, á hablar de lo que entiendo y de lo que puede entender el público para quien escribo trocitos literarios, y digo de este modo.

Fulana es una muger que echándola de virtuosa, escita y provoca á que la quieran con su aparente virtud: llega un fulano y la cautiva hasta encerrarla en la red de su dominante afecto, y por donde fulana, considerando demasiado estrecho el espacio para estender las alas de sus altivas miras, deshace los hilos que la sujetan, y escápase ligera como una garza para ir á posar en los brazos de otro dueño, que alhagando mas su amor propio, la subyuga por

otro estilo: es decir, la tolera y la sufre con indulgente aprecio, los caprichosos juguetillos propios de su edad, con que se entretiene á costa del pacífico fulano; unas veces haciéndole esperar á la puerta largo rato, y otras encerrándose ó perdiéndose en las alacenas para que el buen señor tenga la humorada de acertar donde se ha metido y pagar una apuesta: cosa que jamás acontece, por ser en extremo torpe el individuo.

Esto en verdad, es un episodio que puede servir de ejemplo á los hombres como un *Aviso al público*, para saber que fulana no profesa la virtud con que á primera vista quiere deslumbrarlos con su farsante intencion.

Y no faltará quien aproveche estas cosas, para argumentos de óperas y bailes joco-serios: y si patéticos se quisieren, allá vá uno de modelo.

Cierta señorita, hija de una honrada viuda, apoyo y consuelo de su madre, entabla relaciones amorosas con un joven de elevada alcurnia y muy rico y generoso, que la promete hacerla feliz, dándola su mano: la inocente niña que cree en sus palabras sin medir la distancia de clases, se entrega desechada á quererle, y por donde este, arrepentido de su error, la vuelve indiferente la espalda, sin comprender que deja allí una víctima de su perfidia; pues entregada á la amargura y la desesperacion, sucumbe y se seca aquella flor delicada, arrastrando consigo á la tumba á su pobre madre, que no sobrevive á esta catástrofe.

Qué tal? ¿Será este final sublime y bien sentido? Pues á este tenor hay millares de asuntos en ese inagotable piélagos de peripecias que llaman sociedad. Ahí es donde está la mina, que debemos explotar lectores y dejémonos de cuentas y paparruchas.

La pluma está cortada; diremos con cierto crítico, no para parecernosle, sino por venimos de molde su dicho. Allá veremos lo que sale.

PREGAUCIONES.

Anteanoche, lectores, llegaron á mi posada dos señores á caballo, haciéndome las preguntas siguientes.

—Diga V. señor posadero: ¿qué medidas se han adoptado aquí como precauciones contra el cólera?

Al principio no podía concebir ni el significado de la pregunta ni su objeto: pero, explicado que se hubieron con mas claridad, les contesté que no sabia se hubiera hecho nada de lo que se ha prevenido por el gobierno, y se haya en las atribuciones gubernativas de las autoridades.

—Tiene disimulo aun, dijeron los señores, porque las festividades por una parte, y los régios huéspedes por otra, no debian dejar hueco para nada. Ahora que ya quedarán espeditas para obrar, puesto que se ha dado la orden de partir á Málaga SS. AA. RR. el 26 del corriente, todas las cosas volverán á su estado normal, y la salubridad pública será examinada como corresponde y de quien corresponda.

Me pareció muy en razon este modo de pensar de los señores, y solo me tomé la libertad de replicarles en el mismo sentido.

—Así creo sucederá, por ser esta cabalmente una de las poblaciones en que mas hay que trabajar sobre este ramo: y sino, tendamos la vista por ella y sin salir del centro en que parece debia estar todo el esmero, hallaremos infinitos rincones que exhalan los mas pestilentes aromas.

No diga V. eso, Sr. posadero, me interrumpieron los Sres., pues no supone nada comparado con otras cosas: esas fábricas de curtido en el sitio que hoy ocupan, son un verdadero padrastro de la salud pública; y en circunstancias como la presente, el tolerarlas y consentirlas es muy grave y comprometido: véase en todos los pueblos donde las

hay, como están situadas extramuros y junto al canal de un río.

—Pues aquí Sres., dije yo, parece están vinculadas en este sitio, contra todas las reglas higiénicas y de ornato, porque afean tanto visiblemente ese barrio, que es vergonzoso enseñarlo á cualquier viajero.

—Y diga V. Sr. posadero, ¿no se están aquí haciendo grandes acopios de yerbas aromáticas, para que en su día no falten encendidas multitud de hogueras que enrarezcan los miasmas contagiosos y purifiquen la atmósfera, cortando esas neblinas de mal agüero con que viene caracterizado ese fenómeno?

—Ya he manifestado á VV., les contesté, que aun no se ha hecho nada todavía, pero que esperamos se haga mucho.

—Pues cuidado con eso, Sr. posadero, no salgan frustradas sus esperanzas.

—Ustedes descuiden en esa parte; yo, aunque posadero, soy también periodista y no muy adocenado en esto del bien público y de las mejoras locales; así es que si observara apatía ó falta de celo, clamaré en mi periódico contra los culpables.

A semejante revelación nada tuvieron ya que responderme los señores, y se marcharon: yo me quedé reflexionando sobre esta materia, y dije para mi colete.

«El punto es muy grave, observemos si los demás lo entienden del mismo modo, y si así no sucede, yo solo me las entenderé con quien haya lugar.»

UNA LUNETA

PARA EL TEATRO.

—¡Maldito sea el teatro y las lunetas y hasta quien...!!!

—¿Qué dices Pancracio.

—¿Qué quiere V. que diga, mi amo:

vengo lleno de coraje y de....

—Pero habla, di qué te ha pasado.

—¡Ahí es nada! que me han hecho una tortilla la docena de huevos que me mandó el amo traer; ¿le parece á V. poco?

—¿Y la luneta?

—Allí.

—¿En dónde?

—En el treato.

—¿Y por qué no la traes?

—Porque no me la han dado.

—¿Pero la pediste?

—Mas de cien veces. Verasté mi amo: cuando llegué había ya el mundo de gente; yo me fui introduciendo con los huevos en el cenacho; uno me estruja por un lado, otro por otro, y cada cual me decía su cosa; ya se vé, yo lo que mas guardaba era el picaro del cenacho, pero viendo que algunos señóricos de aquellos tenían fija la vista en los huevos, como con intención de reventármelos, levanté la capachilla y me la puse en la cabeza; pero aquí es la mia, aquí toda mi rabia; sin saber cómo, ni por donde me los hicieron todos una tortilla; y despues de empaparse en el pañuelo de la cabeza, veloste aquí me ha chorreao por la cara y el cogote; ya se vé con el sol y el calor que daba la gente, se ha secado el caldo y traigo el pescuezo tieso sin poderlo menear á ningún lado.

—Nada de eso me interesa; la luneta....

—No me hable V. de luneta, mi amo; aquello es el infierno; no hicieron mas que abrir el portiche por donde las despachaban, y ya no había ninguna.

—¿Cómo?

—Lo que V. oye: todos nos quedamos iguales.

—¿Pero venderían.....

—Quizás menos que huevos me han reventado.

—Eso es imposible; al público no se le puede dar ese chasco.

—Imposible!!! ya! imposible! á cuasi todos los públicos que estábamos allí

nos la han birlado; y yo lo que digo que otra vez no me mande V. por luneta, sino que el día antes en el periódico diga V. con letras muy gordas: «mañana necesita una luneta el relator de *La Encomienda*; y sino....»

—Calla bárbaro....

—Pues por la buena se quedará V. con dos dedos de gana; y esto lo digo porque allí he oído cosas muy profundas, muchísimo.... algunos decían que ocho reales, medio duro.... qué se yo, si aquello era una bataola de locos; por fin, á mí no me vuelva V. á encargar vaya por mas lunetas; y aunque soy un lerdo le aconsejo á V. que mediante á que es relator de *La Encomienda*....

—Sí, ya te entiendo; que denuncie estos abusos?

—Pues eso es, en letra de molde para que todos los puedan leer.

—Te ofrezco que lo haré á fé de *Veneno*.

¿Quién tiene la culpa?...

Anoche interin se ejecutaba la comedia *El Alcalde de Zalamea*, un Alcalde que no era de Zalamea, mandó recoger los fondos que ingresaron en la casilla del teatro, para hacerse cobrado de uno de los plazos que la empresa está adeudando por el arrendamiento del edificio. No es de nuestra incumbencia ocuparnos de la razón con que el Sr. Alcalde haya adoptado semejante medida: solo reconocemos que la municipalidad es una parte que arrienda el teatro, y la empresa, otra á quien se le arrienda; por consiguiente ni el arrendador puede hacer nada, por sí y ante sí contra la empresa, como esta no puede hacer nada contra la municipalidad. El Sr. Alcalde debió acudir á un juez de primera instancia, que es la única autoridad que debe conocer de esta clase de negocios. Pero... ¿Quién tiene la culpa?... La empresa; mejor dicho, el socio que maneja los fondos... mas claro, el adjunto al Sr. Ribelles... en suma, el señor Latorre. Preseindien-

do de si el señor Alcalde ha hecho bien ó mal en semejante paso, es lo cierto, que la empresa debe un plazo cumplido; y teniendo las pingües entradas que estamos viendo y un abono de cerca de 50.000 rs. ¿á qué esperaba para hacer el pago?... Tenemos entendido que la Empresa ha acudido en queja al Sr. Gefe político, pero ¿cuál será el resultado? Pagar... y haber puesto en conflicto al que no tiene la culpa.

¿Qué cosas tienen algunas gentes cuando llegan á cierta edad!

ENCOMIENDAS.

¿Saben VV. por ventura quién es el *Cerbeto* que dice *La Crónica*, al pasar la revista de las señoras que concurren al baile de SS. AA.? Nosotros creemos que será doña Matilde Cerbeto, esposa del Sr. D. José de Campos, Gefe político que fué de esta provincia, y en la actualidad de la de Málaga; confesamos que *La Crónica* tiene á veces ocurrencias muy singulares, ¿por qué tan prolijo en citar á las demás y esquivar á una sola el título de señora que por su nacimiento le corresponde? desengañese *La Crónica*, que esto es faltar al decoro, permitiéndose confianzas, que á tocarnos de cerca, ya habríamos llamado á su director para amonestarle como merece. Y el señor *Intermedio* ha dado otra pica igual al hablar de la señora del Corregidor, diciendo *la de Lopez Vera* en lugar de la señora de Lopez Vera: señores colegas, para escribir artículos de este género es preciso estar bien impregnados de todo el buen gusto y delicadeza que preside en la alta sociedad, á que por lo alta no es fácil alcanzar sin una regular estatura.

Y vá de confianzas: *La Crónica*, permítese alterar la lengua francesa escribiendo Montpensier como se pronuncia y no como se escribe, sin darnos razones que justifiquen esta innovación digna de ocupar á Mr. Chantreau y á los académicos franceses.

Imprenta de los Sres. Astudillo y Garrido.